

REGRESO A LA HABANA

De regreso en La Habana, después de haber pasado quince días en el central «Carreño», sustituyendo al médico de ese ingenio durante sus vacaciones, me encontré totalmente desorientado. Traje, como ahorros, doscientos pesos, que si bien era una respetable cantidad, no era eterna. No me sentía inclinado a poner una placa en la puerta de mi casa en la calle de Enamorados, en Jesús del Monte, donde todos me conocían de muchacho y donde no era probable que despertara un sentimiento de confianza en el espíritu de mis convecinos. Por otra parte, yo me sentía inclinado a dedicarme a la especialidad de Garganta, Nariz y Oídos, y asistía diariamente a la consulta externa del Hospital Mercedes, donde me permitió trabajar el profesor Emilio Martínez. Allí me encontraba en un medio propicio para adquirir conocimientos y para establecer relaciones que me podrían ser útiles.

Allí conocí al director del dispensario del Bando de Piedad, que funcionaba en la calle de San Isidro. Necesitaba un especialista en Garganta, Nariz y Oídos y me ofreció la plaza. Tenía para mí esa proposición grandes ventajas. Estaría al frente de un consultorio especializado y tendría oportunidad de darme a conocer. Pero... siempre esas proposiciones tan ventajosas, esas plazas que se le ofrecen a uno sin hacer el menor esfuerzo, tienen un pero. La plaza era totalmente honoraria. Los médicos del dispensario realizaban una labor gratuita.

Aun en esas condiciones, acepté el cargo y comencé a atender la consulta tres veces a la semana. Confieso que fue para mí una gran satisfacción y me sentí orgulloso cuando vi los recetarios impresos que decían:

DR. MARIO E. DIHIGO
Garganta, Nariz y Oídos

Era un servicio nuevo, cuya clientela tenía que formarse principalmente, por las recomendaciones de los otros médicos del dispensario.

Desempeñé la plaza durante dos meses. Ya la consulta tenía una afluencia regular de no menos de diez a doce clientes en cada sesión. Pero los doscientos pesos estaban tocando a su fin y, durante todo ese tiempo los ingresos habían brillado por su ausencia.

En esas condiciones recibí la visita de mi viejo amigo el doctor Oscar Campos, farmacéutico de Bejucal, que vino a proponerme que fuera a ejercer a esa localidad.

Convinimos sostener una entrevista con su padre que, además de farmacéutico, era uno de los caciques del pueblo. Él puntualizaría los detalles de la proposición.

El doctor Campos Marquetti, padre de mi amigo, era un hombre encantador. De estatura más que mediana, envuelto en carnes y de tez cetrina, que contrastaba con el pelo blanquísimo de su bigote y de su barba en punta.

Era un maravilloso conversador. Aun* su ligero tartamudeo le añadía cierto gracejo a su lenguaje. Me trató paternalmente y me dijo:

—Este no es pueblo rico. No hay muchas personas acaudaladas y el mutualismo⁸ está muy extendido. La zona rural está dividida en pequeñas fincas, predominantemente fruteras. Todos le pagarán, pero le pagarán poco. En Bejucal hay dos farmacias: una de la cual es propietario el doctor Zertucha, que ejerce su carrera de médico, y la mía. Tradicionalmente, aquí han ejercido siempre tres médicos: el propio doctor Zertucha, el doctor Vallee y un tercero, que nunca ha arraigado definitivamente. Como usted comprenderá, me interesa que el tercero sea amigo mío y que esté ubicado en mi vertiente y por eso estoy haciendo las gestiones para que lo sea usted.

Yo puedo ofrecerle la plaza de médico municipal, que tiene un sueldo de cuarenta pesos; la de médico de la sociedad «La Bondad» con otros cuarenta pesos. Como esas entradas no son muy elevadas, yo las completo con treinta pesos mensuales. Además, usted puede comer en la farmacia, y, por el momento, vivir en ella, aunque yo le recomiendo que se instale en casa aparte tan pronto como le sea posible.

Los sueldos me parecieron muy raquíticos, por lo que estimé justificada la ayuda adicional que me ofrecía el doctor Campos. Pero me preocupaba lo que él pudiera esperar de mí.

⁸ Organización de los servicios médicos-farmacéuticos con un pago mensual de pequeñas cuotas. Sobre ese sistema, que tan extendido estuvo en Cuba, me ocuparé extensamente en su oportunidad.

—Y ¿a qué me comprometo yo con usted? —le interrogué.

—Usted no se compromete conmigo a nada. Nunca le dirá usted a un cliente suyo que adquiera en mi farmacia las medicinas que usted le recete. ¿Sabe usted por qué? Porque los clientes que usted tenga serán los que yo le envíe.

Me pareció que el doctor Campos fanfarroneaba. Pero, más tarde pude apreciar que hablaba como el Evangelio.

Cuando un campesino solicitaba los servicios del doctor Vallee y éste estaba ausente o, por cualquier causa, no pudiera salir, iba a la farmacia del doctor Campos en busca de orientación. Y allí el doctor Campos le hablaba de los *grandes aciertos* que había tenido el *mediquito nuevo* y lo dirigía a mi casa.

Quedé en responder al siguiente día cuál sería mi decisión. Tenía que consultarlo con la almohada. Cuando un hombre casado dice que consultará un asunto con la almohada, es sabido que lo someterá a la consideración de su mujer. En el caso mío, que aún no era casado, estaba justificado que lo consultara con Antoñica. Después de todo, su opinión era valiosa y de gran peso. Ella iba a compartir conmigo las ventajas y los inconvenientes de la instalación.

El resultado de la consulta a la almohada fue positivo. Fui a ejercer a Bejucal.